

HISTORIAS DE UN ENCUENTRO

Mi encuentro con María Santísima, virgen y madre de Dios

CAPÍTULO XII ESCLAVA DEL SEÑOR

Autor Roberth Phoenix

Dedicado a Lourdes Hidalgo

- Es tiempo de realizar la última entrevista de la lista – aseveró Caleb - ¿A quién entrevistarás ahora?
- Déjame ver... – Miré la lista y me quedé anonadado, las palabras no pudieron salir de mi boca, así que Liam me arrebató la lista y dijo en voz alta.
- María de Nazaret. Madre de Dios.
- Muy bien, fija rumbó en el flujo del tiempo Lazarus.
- Entendido Capitán. – Contestó el viajero del tiempo.

Mientras nos dirigíamos a nuestro destino pensaba que había platicado con grandes personajes bíblicos como Abraham reconocido por su fe, o con seres celestiales como el Arcángel Miguel, pero entrevistar a María, la Medar de dios, mi Madre, era algo más allá.

- Llegamos Roberth ¿estás listo? – Preguntó Caleb - ¡Ánimo!

Al instante Liam y yo fuimos transportados a tierra, y encontré a una mujer indescriptible... Era una mujer con una mirada de inocencia como sólo un niño pequeño la puede tener, tan ajena al mundo y tan dada a Dios. Irradiaba una paz que en verdad no puedo describir. Ella me miró con dulzura y se acercó.

- ¿Cómo estás hijo mío? – aquellas palabras llegaron al fondo de mi alma.
- María – me oí a mi mismo decir, como si fuera la primera vez que mencionara su nombre -, quisiera platicar un momento contigo sobre el nacimiento de tu hijo.
- Claro que sí, tu dirás.
- Por favor pláticame ¿en que lugar nació Jesús?
- Verás José, mi esposo, y yo tuvimos que ir a la ciudad de Belén a causa del edicto de César Augusto para empadronar a la gente. En aquella ciudad José estuvo buscando un lugar donde poder quedarnos y que yo diera a luz a nuestro hijo, el Hijo de Dios.
- Pero según entiendo no encontraron quien les diera posada ¿es cierto?
- Así fue, ni en los mesones ni en las casas nos recibían, pues nadie quería la responsabilidad de que un niño naciera en su casa. Así que acudimos a una cueva destinada para guardar animales, ahí, José encendió una pequeña fogata, y entre los dos tratamos de dejar el lugar lo más limpio posible. Había ahí un pesebre donde comían los animales. Pusimos algo de paja limpia y lo cubrimos con un sarapito.
- María, ¿cómo nació el niño?
- En una forma maravillosa, no sufrí dolores ni debilidades en el parto, tenía al Niño en mis brazos y después de dar a luz, lo envolví en pañales y lo acosté en un pesebre,. ¡Jesús era hermoso como un sol! Con sus ojitos cerrados y sus puñitos también. José y yo estábamos extasiados con nuestro hijito.
- ¿Te habías imaginado que el Hijo de Dios nacería en una cueva y se recostaría en un pesebre?
- No, nunca lo imagine, pero aunque no entendía mucho los modos de obrar de Dios, pensaba que así había sido lo mejor.
- Y ahora, María ¿piensas que todavía así fue lo mejor?
- Sí, pues yo todo lo guardaba y lo meditaba en mi corazón. Luego ya entendí el gran mensaje que todo esto trae a la humanidad. Todo eso fue un testimonio de vida. Mi Hijo

siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de que nos enriqueciéramos con su pobreza. Él vino a enseñarnos como no apegarnos a las cosas materiales ni a las comodidades, sino como amar y confiar en Dios. ¿Qué pensaste cuando aparecieron los ángeles en el cielo?

- Me quede extasiada y feliz, sobre todo viendo que el Padre celestial enviaba un ejercito de ángeles para adorar a su Hijo y gritar al mundo que había nacido el Salvador.
- Y luego ¿quienes vinieron?
- Poco después del nacimiento del niño los pastores, obedientes a la invitación del ángel, llegaron a la gruta y nos encontraron a José, a mí y al niño acostado en un pesebre, divulgaron las felices nuevas que habían recibido durante la noche entre sus amigos en Belén, Ellos acampaban en el campo y con toda sencillez nos daban de lo que tenían. Verás, trajeron toda clase de regalos: pan miel, pieles de borregos y frutas. No querían que pasáramos hambre ni frío, y entonces fuimos recibidos por uno de sus habitantes piadosos en un alojamiento más adecuado.
- ¿Estabas feliz, María?
- Sí, no me cabía tanta felicidad, tener por fin a nuestro hijo en mis brazos. Un niño nos había nacido, un hijo se nos había dado. Criarlo fue maravilloso, verlo dar sus primeros pasos, sus primeras palabras, verlo extender sus bracitos para que lo cargáramos. Verlo convertirse en un niño sano y alegre, jugando con los animales, con otros niños, dedicando tiempo a la oración con Dios, y luego ver que se iba convirtiendo en un joven.
- ¿Y cuando Jesús creció y se hizo hombre?
- José y yo estuvimos orgullosos de Él, pues todas las enseñanzas desde su niñez las aplicaba en su vida, y se preocupaba siempre por los demás. Incluso José en su lecho de muerte, se fue feliz, sabiendo que nuestro hijo era un hombre de provecho. De hecho durante su vida pública siempre lo seguí y al mismo tiempo aprendí muchas cosas de mi hijo, respetando su espacio y orando siempre por él para que Dios lo cuidará y lo bendijera.
- María... No sé como preguntarte esto... ¿Qué pasó cuando lo arrestaron y... tu sabes?

Los ojos de María se nublaron, era la tristeza de una madre, de mi propia madre, pero increíblemente, se sobrepuso y continuó.

- Fue muy duro, lo juzgaron siendo inocente. Vi a mi hijo humillado, golpeado, sangrando... no tienes idea de lo que se siente. Verlo caer, ser escupido, repudiado, negado... yo trataba de acercarme pero no me dejaron, pedía ayuda, a quien fuera, les pedía a todos que ayudaran a mi hijo y no lo hicieron.

Mi garganta se hizo un nudo y sentí una vergüenza como nunca antes la había sentido en mi vida.

- Luego lo crucificaron, y se desangró, me pidió que fuera madre de todos aquellos que lo habían crucificado y los perdonó, pidió a Dios por el perdón de todos... y luego, lo vi morir.

De los ojos de María brotaron lágrimas de tristeza... ¡Dios mío! Estaba viendo llorar a la mismísima Virgen, la Madre de Dios. Mi corazón se estremeció.

- Desde aquella hora fui recibida en casa de Juan, y he estado con él desde entonces. – Dijo tranquilamente. - Luego vi a Jesús resucitado, era Él, era mi hijo – Su voz cambió y se llenó del Espíritu Divino - Sin embargo, cuidó de no interferir con el ministerio apostólico de Juan, pues ha estado ausente en numerosas ocasiones y también participado en el Concilio de Jerusalén.
- ¿Quieres decir que sigues con los apóstoles? – Pregunté.
- Mira, siempre perseveraré en oír la enseñanza de los apóstoles y en la unión de la comunidad, así mismo en la fracción del pan. Trato de ser un ejemplo vivo de lo que es la oración y una fuente de ánimo para la comunidad de los seguidores del camino.
- ¿Estuviste presente cuando vino el Espíritu Santo
- Así fue, de hecho desde el día de Pentecostés, el “paráclito” descendió sobre mí cuando vino sobre los Apóstoles y discípulos reunidos en la habitación del piso alto de la casa en Jerusalén.
- Mamita María, ¿quisieras agregar algo más, para todos los que reciban este mensaje?

- Que confíen siempre en Dios, aunque nada entiendan o aunque todo lo vean negro, pues Dios los ama y está más interesado que ustedes mismos en la salvación de sus almas. Así que confíen y déjense conducir con docilidad.
- Te lo agradezco mucho, Bendita entre las mujeres.
- Gracias a ti hijo mío. – dijo ella.

Al retirarme, mi corazón estaba más que inquieto, había platicado cara a cara con la Madre de Dios, con aquello que lo tuvo en su vientre, en sus brazos, que lo vio crecer, morir y resucitar.

- La maternidad divina de María "dio a luz a su primogénito" y Él fue llamado Jesús. – mencionó Liam -. Jesús es la Palabra hecha carne, la Palabra que asumió la naturaleza humana en el vientre. Como María era verdaderamente la madre de Jesús, y Jesús era verdadero Dios desde el primer momento de su concepción, María es en verdad la madre de Dios. Incluso los Padres más antiguos no dudaron en extraer esta conclusión, como puede verse en los escritos de S. Ignacio, S. Ireneo, y Tertuliano. María es *Theotokos* en el verdadero sentido de la palabra.
- Y no sólo madre de Dios, sino de todos nosotros – agregué -. Ella refleja todo lo que quiere decir humildad, disposición y amor. Al igual que lo hizo su hijo. Es la mejor madre que Jesús nos pudo haber dado, la suya propia.

Comentarios:

roberth_phoenix@hotmail.com